



GORE VIDAL

—Háblenos de las influencias que le han formado como escritor.

—Provengo de una familia de conservadores convencionales, aunque uno de mis abuelos era una especie de socialista. El fue el que incorpo-

ró Oklahoma a la Unión, y Oklahoma es el único Estado con una constitución «socialista». Nadie se fija en eso y nadie se ha tomado nunca la molestia de leerla, pero «Alfalfa Bill» Murray, como llamaban a mi abuelo, fue el que la ideó con otro par de popu-

listas más. Todos ellos eran hombres de William Jennings Bryan, que había estado antes en el Partido del Pueblo. Hacia 1894 hubo un importante movimiento populista que se oponía a la banca, el ferrocarril, a los negros y a los judíos. Cuando Oklahoma se incorporó a la Unión mi abuelo se convirtió en el primer senador de ese Estado, con 36 ó 37 años, y con el tiempo fue inclinándose cada vez más a la derecha. Me crié en su casa. Era antinegro de una forma inofensiva, y antisemita de una forma no tan inofensiva; terminó dando su apoyo a los ricos, especialmente a las compañías petroleras. No estaba corrompido y murió pobre.

Mi padre era el equivalente a ministro del aire con Franklin Roosevelt. Era originario del mediooeste de los Estados Unidos, muy conservador. Era de West Point. Mi padrastro era un tal Mr. Auchincloss, y el notorio Steven Birmingham le llamaba el «primer caballero de los Estados Unidos». De los 10 a los 17 años viví con Mr. Auchincloss. Aquello era el gran mundo, igual de conservador. De forma que ahí tiene tres líneas diferentes: el ejército del aire, conservatismo del mediooeste por un lado; un abuelo sudista, ex socialista y que acabó en la extrema derecha por otro, y, finalmente, un padrastro al que llamaban el primer caballero de los Estados Unidos y llevaba una vida por todo lo alto. Me gustaba bastante mi padre y mi abuelo, pero no me gustaba el último tipo de vida, así que a los 17 años me alisté en la infantería para ir a la segunda guerra mundial, únicamente por salir de todo aquello, y nunca lo he pasado mejor. El famo-

so chiste sobre los británicos en las escuelas de pago es también verdad en el caso de los americanos; el ejército fue el primer sitio donde comí bien, y para mí fue también una revelación. Estoy hablando de alguien que creció en circunstancias bastante alejadas del mundo real. Durante toda la depresión tuvimos siete criados en casa, y todos eran blancos, aunque en Washington los criados solían ser negros. Era como una familia real, había una doncella sueca, un *chef* ruso, etc... En el ejército llegué a ser primer oficial en un buque en las Islas Aleutianas. Pasaba casi todo el tiempo vigilando en puerto, sentado sin nada que hacer, aparte de mirar la timonera. No había nada que leer. En esa época escribí *Williwaw*. Después vine a Nueva York, donde conocí a Kiman Friar, un americano de origen griego, un hombre muy activo que daba clases en Ambrose.

—¿Es cierto que hizo un papel en *Ritual in Transfigured Time* de Maya Deren? ¿Cómo ocurrió?

—Estaba liado con una señora que se llamaba Anaïs Nin, que era amiga de Maya Deren —después fue su enemiga, ya que Anaïs terminaba siempre peleándose con todo el mundo. Un día Maya dice: «Estamos haciendo una película, pasaos por ahí. Os quiero a los dos en escena». Nunca he visto la película, pero estamos todos haciendo ademanes ceremoniosos en un cóctel. Tengo un trozo de película que me dio Maya, pero la verdad es que nunca lo he visto. Era otro mundo. Fue Kiman Friar, que daba una conferencia a la Asociación de Jóvenes Hebreos, el que me presentó a esa gente. Me pidió

que fuera, y fui todavía de uniforme; me senté al lado de esa mujer increíblemente guapa, Anaïs Nin, de la que no había oído hablar antes. Mi libro estaba a punto de salir y Edmund Wilson acababa de escribir algo sobre ella. Nos saludamos y le dije que se parecía a María Estuardo. Ella replicó: «¿quiere eso decir que va a decapitarme?». Durante los dos años siguientes nos vimos muchísimo. Era amiga de todos los surrealistas como André Breton. Jim Agee también se movía con esa panda. Yo pertenecía a la tradición realista, con influencias de Steven Crane y no de Hemingway, como pensaba la gente. *Red Badge of Courage*, de Crane, había configurado mi obra en la primera época. Y de repente me encontré en ese mundo. Un mundo de izquierdas o anarquista, en la medida en que los surrealistas eran siempre políticos. Era asombroso, estaba tan avergonzado de mi familia que me lo callaba. Después, cuando salió *The City and the Pillar*, todo el mundo pensó que había sido un chaperero que se vendía a cualquiera por cincuenta dólares.

—¿Se sentía alejado de la sociedad americana de los años 40 y 50?

—No, estaba confundido por todo aquello. Si lee algunas cosas que escribí, como *Messiah*, encontrará que son muy de derechas, muy anticomunistas, muy antirrusas, todo lo que me habían enseñado. No me encontraba alejado, tenía bastante éxito en revistas buenas, mucha prensa. Fui uno de los jóvenes novelistas que salió en la revista *Life*, estaba en la órbita. No poníamos en duda la sociedad americana.

—Sin embargo, *The City and the Pillar*, tuvo una acogida muy diferente.

—Eso fue varios años después. Sabía a qué atenerme. Tengo mal carácter. La única figura contemporánea con la que me identifico es John McEnroe. Yo era en la esfera de los jóvenes novelistas lo que McEnroe es en la pista de tenis. No me gustaba ese tabú sobre la homosexualidad, y pensé: si os lo seguís montando así voy a lanzar una volea directamente contra vosotros, y así lo hice. Y empezó el vacío en torno mío. Mis cinco libros siguientes no fueron reseñados en el *New York Times*, en la revista *Time* o en *Newsweek*. Cuando se hace ese vacío ya no existes. En Inglaterra todavía se reseñaban todos mis libros, estoy muy agradecido por ello, y eso mantuvo viva mi reputación. A los 25 años me quedé sin un céntimo y no podía sobrevivir, entonces escribí tres historias de misterio bajo seudónimo, que tuvieron una crítica increíble en el *New York Times*, y después me dediqué a la televisión.

¿Dónde está entonces la radicalización, si se la puede llamar así? Creo que empezó cuando vi cómo el país intentaba excluir a cualquiera que criticara sus preceptos, y en este caso su política sexual. No creo haber formulado demasiado en esa época, pero pensé que realmente se trataba de una sociedad repugnante, que me había convertido en la negación del escritor por motivos tan sectarios; era exactamente lo mismo que ocurriría en la Unión Soviética. Estamos hablando de los años 48 a 52, y por entonces el *macartismo* acababa de empezar. Entre todos nosotros, los

escritores de la guerra, el de más talento era un tipo que se llamaba John Horne Burns, que tuvo un éxito enorme con su novela *The Gallery*. Después escribió *Lucifer with a Book*, una novela del tipo de *The City and the Pillar*, y lo echaron de los Estados Unidos —no se puede imaginar una prensa más virulenta que aquella. Terminó en Italia, donde murió alcoholizado a los 37 años. Observé cómo eso le ocurría a mucha gente. En aquella época mi lado John McEnroe era fuerte, pero tuve que admitir la derrota. No podía sobrevivir como novelista. Contrariamente a la leyenda no tenía dinero propio, así que me dediqué al drama televisivo. En el plazo de un año me convertí en el escritor mejor pagado de televisión. Lo hacía bien, pero me resultaba muy fácil. Al cabo de diez años había hecho suficiente dinero como para no tener que preocuparme de nada. En ese tiempo empezó a elaborarse la lista negra, y todos mis amigos se encontraban entre sus víctimas. Yo era demasiado joven para haber sido comunista. Eso era una movida de los años 30 y por entonces yo todavía era un colegial. Todos los que tenían diez o más años que yo se habían hecho comunistas y les empezaron a dar bola negra a diestro y siniestro. Y ahí estaba yo, con un poder considerable en la televisión; los escritores tienen más poder que los directores, y el mismo que los productores. Yo decía: «Oye, quiero a Gale Sondergaard para esto»; y me contestaban: «Tenemos que consultarlo con la planta 14». No les hacía mucho caso. Después vino el *macartismo*, y entonces preguntaban: «¿Cuál es su postura política? Com-

probaban en los *Canales Rojos*, un índice anticomunista. Había también uno que llamaban el «Carnicero de Schenectady», un auténtico patriota que hacía subir a las estrellas allí arriba para que dijeran que amaban de verdad a América. Amenazaba con retirar toda su publicidad de la televisión si salían los que llamaban «comus conocidos». Teníamos al *Carnicero* por un lado y a los *Canales Rojos* por otro: era horrible.

Pero yo tenía un pasado de derechas sin mancha, nunca había sido militante ni había tenido nada que ver con la política. Estaba totalmente limpio. No obstante me empezaron a sacar de quicio cada vez más, y escribí una obra titulada *A Sense of Justice*. Se presentó hacia el 53 o el 54 y era sobre un tipo que decide matar al jefe de un Estado —alguien como McCarthy— por motivos de justicia. No tiene ninguna otra razón para hacerlo. Tiene un final un poco engañoso, con un intercambio sartriano sobre la naturaleza del poder. Cuando esto salió al aire se hundió repentinamente; aunque no tenían nada contra mí, había hecho algo muy subversivo, diciendo a la gente que matara a Joe McCarthy por motivos de justicia.

Pero la televisión me ayudó a desarrollarme como escritor y a la vez me dio una lección sobre cómo funcionaba el país. Y, por supuesto, siempre tuve la intención de escribir más novelas.

—*En su obra parece haber una tensión. Sus libros históricos están escritos en una vena más bien realista. Me temo que cuando se publicó Lincoln una revista incluso le comparó con Trollope. Sin*

embargo, al mismo tiempo escribe libros como Myra Breckinridge o Duluth, que le habrían dado un infarto a Trollope. ¿Cómo consigue combinar esos dos modos?

—Es lo que llamo «reflexiones». Reflexiono sobre la religión en *Julian*, sobre los sistemas filosóficos en *Creation*, y sobre la República americana en las otras novelas históricas. Eso son las reflexiones. Se estudia, en busca de patrón, y se dramatiza ese modelo. Con *Myra* fue diferente. Oí su voz: «Soy Myra Breckinridge»; empezó a retumbar en mis oídos. No sé de donde vino, tal vez de mi pasado surrealista. Me senté ahí como un amanuense de ese extraordinario ser. Esas son las «invenciones», por el puro placer de inventar. Estaba andando por la calle en Roma cuando de repente oí: «Duluth, ámalo u odíalo, nunca puedes dejarlo o perderlo». Y entonces dije: ¿qué coño quiere decir esto? A menudo hablo solo cuando voy andando y realmente se sacan cosas ingeniosas de las palabras.

¿Sabe que mis libros históricos americanos son un gran éxito en la Unión Soviética? Se vendieron 900.000 ejemplares de *Burr*, en una edición ilustrada muy cara. Mi editor me dijo que se había agotado en cuestión de horas. Le pregunté si estarían interesados en los otros libros, pero el autor de la edición me dijo: «Cualquiera que sea el gobierno que tengamos de aquí a cien años, le prometo que *Myra Breckinridge* seguirá sin publicarse en ruso». Bueno, como usted sabe todos los gobiernos revolucionarios son extremadamente conservadores; ya sea en la ciudad de Mé-

xico o en Moscú reina el conservadurismo.

—En las «invenciones», su técnica pasa a ser paralela a la reciente preocupación crítica por la desconstrucción de la narración y el personaje.

—Esto proviene de lo que leí siendo niño, especialmente los dibujos animados de *Krazy Kat* y *Officer Pup*. Era un tebeo muy surrealista, en el que no te sorprendía ver la luna en pleno día. En la última viñeta *Officer Pup* siempre terminaba con un ladrillo cayendo sobre su cabeza. Todo era posible en ese tebeo, espero que Derrida también lo leyera.

—Creation desafía el punto de vista occidental sobre la historia. Señala que las tres grandes civilizaciones son India, China e Irán, y que incluso los griegos son más bien periféricos. ¿Cómo lo escribió? ¿Viajó usted por la India?

—Sí. Hace unos diez años viajé con calma desde Delhi hasta Madrás, pasando exactamente por el centro, atravesando todo el territorio de Buda. Me quedé alucinado con aquello. Hacer algo así es una experiencia increíble, y sentí mucho haber esperado tanto tiempo. Conocía el terreno en Persia y en Grecia. El único sitio a donde no he ido es China, y aprendí sobre ese país leyendo arqueología y poemas de la época, que contenían descripciones maravillosas de habitaciones y de la vida cotidiana. La táctica consistía en darle la vuelta a Herodoto y ver el mundo con los ojos de los persas y de otras culturas, y examinar nuestra propia cultura de esa forma. Eso supone aprender cuatro sistemas de pensamiento y de religión diferentes, y por eso no

leerá muchos libros como ése. Eso llevó mucho tiempo. Tengo la suerte de tener una mente lateral, puedo cubrir un amplio espectro, pero no se me da muy bien sintetizar. Puedo relacionar un cierto número de cosas y me gusta hacerlo. Por ejemplo, que las tasas de interés sobre los créditos en China eran exactamente las mismas que en Persia, a pesar de que no había ninguna conexión entre los dos países —ambas se establecían en un 18 por ciento. En las cuatro civilizaciones se estaba planteando si era acertado escribir las cosas, de la misma forma que discutimos sobre las computadoras y la televisión. ¿Qué efectos iba a tener el texto escrito? Esta era la discusión del siglo V a.C. Si dejas de memorizar, ¿sigue perteneciéndote el conocimiento? Si tienes que abrir un libro ya no te pertenece. El conocimiento debe encontrarse en tu cabeza. Vivimos en un mundo alfabetizado, pero nos encontramos en otro gran eje de la historia, estamos yendo más allá de la escritura.

—El mundo mental que ocupa Duluth parece deberle mucho a la televisión. Por alguna razón, esta imagen de la civilización americana ha dado la vuelta al mundo.

—Nunca miro la televisión, pero lo sé todo acerca de ella. Uno de los temas que aparece en *Duluth* es el de la anarquía total. Me divierto mucho con un montón de cosas. Tengo una vieja amiga estalinista, una mujer negra que vive en Chicago. Le tomo el pelo: «Oye, ¿cuándo va a haber una revolución?». Y ella contesta: «No va a haber ninguna revolución»; entonces le digo: «¿Por qué no va a haber una revolución?», y ella dice:

«¿Cómo va a haber una revolución cuando se pasan ocho horas al día mirando la televisión? ¿Cómo vas a sacarlos a la calle para hacer la revolución cuando están todo el santo día delante de esa mierda de pantalla?». Nuestros amos han inventado ese juguete que es el mejor chupete para dejar a todo el mundo bajo los efectos del valium. ¿Qué es la vida contemporánea? Es mirar la televisión. Hemos llegado a un punto en el que podemos ver en la película de la noche al presidente del país de joven; podemos verle ya maduro en una serie de televisión a media tarde; y a primera hora de la noche aparece ese anciano, presidente de los Estados Unidos, en una rueda de prensa. ¿Qué es real y qué no lo es? Una vez que te metes con todo eso te vuelves directamente majara. Tenemos toda una nación de irrealistas. Esa fue la imagen que me guió a lo largo de *Duluth*.

—¿Conoció usted a Reagan en su época de actor?

—Conozco ligeramente a Reagan desde hace cien años. Cuando entraba en un cuarto la gente salía corriendo para evitarle. Es el tío más aburrido del mundo, pero es un magnífico actor. Toda esa historia de que es un actor de segunda es una gilipollez. Yo era un chaval cuando él era una estrella de cine. Cuando se incorporó al ejército —o más bien cuando fue a Culver City para rodar documentales de guerra— estaba entre las diez mejores estrellas cinematográficas de Estados Unidos. Era muy buen actor, y todavía lo es. No le interesaba mucho la política. Su conversación no pasaba de «Bueno, saben, he ido a ver a Jack

Wagner —Mr. Wagner, en realidad no le he llamado nunca Jack—, creo que le admiro más que a nadie que haya conocido». Podía haber una crisis política de lo más importante, y él hablando del contrato de Ida Lupino. En 1937 se pone a hablar del contrato estelar de Ida Lupino, mientras el mundo occidental se viene abajo. Pero todo el mundo salía corriendo cuando se acercaba. Si hubiera sabido que iba a ser presidente me habría quedado quieto, y le habría escuchado, me habría hecho simpático para más tarde destruirlo.

Podría haberle tenido en el reparto de una de mis obras, *The Best Man*. Su agente me lo ofreció en 1959 para el papel de candidato a la presidencia, y dije que no pensaba que fuera creíble. Si hubiera hecho el papel, habría estado en escena dos años, habría ganado el premio «Tony», habría tenido toda una nueva carrera, y nunca le habríamos tenido como presidente. Así que me considero como el conde Warwick, a quien llamaban el *Kingmaker*. Y, en ese caso habríamos tenido a Melvyn Douglas, que sí hizo el papel, como presidente. Habría estado magnífico. Un hombre brillante en política.

—*Lo que es espantoso es que la televisión tiene el poder de hacer que situaciones mínimas se conviertan en acontecimientos que parecen ocurrir en el mundo entero. Estoy pensando en la embajada de los Estados Unidos en Irán, o en las Islas Malvinas, o en el derribo del avión coreano. De repente la política mundial queda reducida a algo aparentemente muy sencillo, e inteligible, pero que podría hacer-*

nos saltar a todos por los aires.

—Los medios de comunicación determinan qué noticias son noticia por rigurosa selección. Han decidido que Reagan va a ganar y Mondale va a perder. Y no es que haya en realidad ninguna diferencia entre los dos. Mondale es un hombre leal al Pentágono, aumentaría el presupuesto de defensa en un 5 por ciento, Reagan en un 10 por ciento. Los ricos se beneficiarían exactamente igual con Mondale. Pero hay diferencias marginales. Mondale ha dicho que las sociedades deberían pagar impuestos. De hecho, ha tomado algo de mi campaña al Senado en el 82; las sociedades ya no pagan impuestos, y dando rodeos dije que deberían pagar el 15 por ciento sobre los beneficios, y sin fraudes. Mondale cometió el error de decir eso y ahora no tiene la más mínima posibilidad de que le acepten como presidente.

Así es como funciona. Los medios de comunicación han decidido que es «aburrido». Mondale es aburrido, pero Reagan también es aburrido, Dan Rather es aburrido, la mayoría de los americanos son aburridos. ¿Qué coño pasa con todo este aburrimiento? Pero, después, empiezan a aportar pruebas, diciendo con lágrimas de cocodrilo: «A Mondale le falta carisma, simplemente; es un tío aburrido». Tienen varios kilómetros de grabación para la tele de cualquier día de la campaña. Y cogen sesenta segundos de Mondale en plan aburrido. Y después Dan Rather moverá la cabeza negativamente, porque en el fondo sabemos que es un auténtico liberal, así que

es una pena que Modale sea aburrido. Pero todo es creación de los medios de comunicación. Se podría pasar una grabación de Mondale y que resultara un acontecimiento de gran impacto. De esta forma los americanos nos convertimos en un pueblo dividido casi a partes iguales entre conservadores y reaccionarios.

—*Han acabado con Geraldine Ferraro de una forma parecida.*

—Eso es todavía más fascinante. En realidad es porque es una mujer. Ya tienen bastantes dificultades para conseguir una erección, sin tener a esa mujer presumida en el poder sobre ellos.

—*Lo ha hecho mejor que Mondale en Centroamérica.*

—Pero lo que se dice no tiene ninguna importancia. Lo que cuenta es cómo se presentan las cosas, y quién paga; siempre son los mismos los que pagan. Los que tienen muchos bienes controlan los partidos, que controlan el Estado, y éste, mediante los impuestos, le quita el dinero a la gente, y devuelve parte de ese dinero para que la peble siga contenta, mientras reserva la parte principal de la recaudación para el propio uso de la oligarquía en forma de compras por parte del presupuesto de defensa. Como puede ver, hay una cierta pulcritud en todo esto, y el bipartidismo encaja perfectamente en este mecanismo. Los Republicanos y los Demócratas lo tienen todo bien atado y se aseguran de que nadie más tenga una oportunidad. Fui presidente adjunto del Partido del Pueblo con el Dr. Spock en los años 70, y tuvimos muchas

dificultades incluso para llegar a las votaciones. En Texas dispararon literalmente sobre nuestra gente, y en muchos Estados tienen un montón de rollos técnicos para dejarte fuera de las votaciones.

—*Sin embargo, cuando se presentó a las elecciones primarias del Partido Demócrata en California, en 1982, consiguió medio millón de votos.*

—Tuve que trabajar duro durante dos años viajando por todo el Estado, dando discursos y conociendo gente. Se puede conseguir apoyo atacando el presupuesto de defensa y a las sociedades. Por supuesto, los liberales de alto copete no me apoyaron. De hecho me odiaban con todas sus fuerzas porque yo iba a por los negocios, y no les gusta la gente que realmente quiere imponer contribuciones a las sociedades o hacerles la vida difícil. Pero teníamos el apoyo de los negros, de las mujeres judías, de algunos hispanos. No era fácil, pues te enfrentas a intereses muy poderosos. Piense, por ejemplo, en las religiones. Una reforma importante consistiría en imponer contribuciones sobre las propiedades de las iglesias. Ahí están, con carteras llenas de billones de dólares, sin pagar impuestos, y encima interfiriendo en el proceso político sin que nadie se lo pida. Una de las razones de la decadencia de las ciudades es que la mayoría de los centros urbanos pertenecen a las iglesias. No se puede recaudar dinero en el centro de cualquier ciudad porque una de cada dos casas o garajes pertenece a alguna iglesia.

—*¿Cree que el Partido Demócrata o cualquiera de sus fracciones tiene algún futuro?*

—Me gusta Jesse Jackson. Sin duda alguna, dice cosas muy sensatas en cuanto al presupuesto de defensa y al Tercer Mundo. Pero nuestro problema es que no tenemos partidos políticos. No nos han permitido tenerlos. Tenemos esas curiosas coaliciones pequeñas. El problema es cómo meter a los negros, a los homosexuales y a las mujeres que defienden la enmienda de la igualdad de derechos en un solo partido. Hay tantos puntos espinosos que tocar. Habría que ver si un blanco tomaría en serio a un negro, o si un negro tomaría en serio a un homosexual o a una mujer. Los hispanos desconfían de todos ellos, son más conservadores que nadie. Ya conoce el movimiento laborista. No hay nadie más conservador que un sindicalista en cualquier otro tema que no sea el sindicalismo.

—*Pero eso puede cambiar. Durante la huelga minera en Gran Bretaña había comunidades negras dando muchísimo apoyo, y el sindicato minero votó a favor de las reivindicaciones de los negros y de las mujeres en el congreso laborista.*

—Bueno, es cierto que tuve el apoyo de asociaciones obreras en mi campaña al Senado en California. Pero no se puede comparar con Gran Bretaña. Aquí el caso es diferente. Aquí la guerra de clases se ha aplazado desde hace tiempo, y podría estallar en cualquier momento. En Inglaterra prácticamente todo el mundo, de la reina para abajo, tiene heridas de la lucha de clases. La psique de todos tiene cicatrices de esa guerra. La señora Thatcher parece ser el instrumento de la historia, y está

haciendo que todo estalle con su intransigencia.

—*Nos hemos enterado de que usted donó 1.000 libras para la huelga minera.*

—Es verdad, supongo que se lo habrán dicho a un periodista.

—*¿Qué diferencias ve usted entre las clases gobernantes en Gran Bretaña y en Estados Unidos en la era de Thatcher y de Reagan?*

—La clase gobernante en Gran Bretaña está cambiando. Hay un movimiento hacia la hija del tendero desplazando a las familias aristocráticas. Nuestros gobernantes son más tipo patronal, típica escuela empresarial de Harvard. Si se quiere quitar de en medio a estas dos clases gobernantes, que es lo que yo quiero, hay que deshacerse de las escuelas a las que fui. Hay que abrir las escuelas e introducir otros rasgos, así se podría minar a la oligarquía, aunque también habría que evitar la meritocracia. Conocía a Lady Astor. Era una mujer que sabía reírse de sí misma. Solía contar que había ido a visitar a Stalin con Bernard Shaw. Ella y Shaw hablaron todo el tiempo y Stalin sólo dijo dos palabras. Al final ella preguntó: «Mariscal Stalin, ¿cuándo va a dejar de matar gente?»; y él respondió: «Las clases indeseables no se liquidan ellas mismas». Lady Astor no volvió a decir una palabra después de eso. Por supuesto Stalin era un monstruo, pero es verdad que los privilegiados no se liquidan solos, y si se intentara desafiar sus escuelas tendríamos que enfrentarnos a una pelea.

Los derechos de herencia son otro método que hay que estudiar. Cuando George McGovern dijo que nadie podría heredar más de 500.000 dólares, casi salí a votar por primera vez en unas elecciones presidenciales. Dijo eso en unas primarias, y para cuando fue nominado ya había olvidado que lo había mencionado nunca. Fue lo más revolucionario que se ha dicho nunca en una campaña electoral en toda mi vida. Realmente indicaba un gran cambio.

—¿Cree usted que el hecho de que no haya partidos políticos es una de las razones por las que el Estado americano está fuera de control? ¿Habría que cambiar el sistema presidencial?

—Eso es lo que defiendo en *The second american revolution*. Quiero un sistema parlamentario en el que el jefe del Estado esté separado del jefe del Gobierno. Cuando son una misma persona, la cabeza de Gobierno puede envolverse con la bandera y decir: no me pueden atacar, soy la encarnación de la nación.

—Es un residuo monárquico en la Constitución de los Estados Unidos.

—Es más que eso. Es un emperador romano al estilo Tácito. Nuestro presidente es un emperador romano profano, según el modelo teutónico. Se trata de ese tipo de monarquía y es peligroso. Supone gobernar a base de decretos y de órdenes ejecutivas. Está reforzado por una institución ejecutiva de diez millones, y por medios de comunicación generalmente serviles.

—Usted ha pedido una Asamblea Constitucional, ¿verdad?

—Podría incluso llegar a ocurrir. Treinta Estados lo han pedido. Dos más, y ya la tenemos. Fueron los pirados los que lo hicieron; la gente que quería un presupuesto equilibrado, y prohibir el aborto en la Constitución, pero creo que podemos votarlo porque nosotros somos más que esos chalados. Los liberales aborrecen esa idea. Los liberales siempre están encantados de cómo van las cosas. Desde su punto de vista, basta con meter gente maja, y tienen trabajo; por lo general los liberales no quieren ningún cambio.

—Su nueva novela, *Lincoln*, es un magnífico relato de intriga gubernamental y de la grandeza del propio Lincoln. Pero me gustaría poner en cuestión su conservadurismo y su patriotismo. Me da la impresión de que el principio de la novela le resta importancia al movimiento abolicionista y al elemento antiesclavista en la política del republicanismo nordista. Me parece que en realidad a usted no le gustan nada los abolicionistas. ¿Los considera los antepasados de la Mayoría Moral?

—Había elementos de ese tipo. Sin duda alguna fue la tradición de Nueva Inglaterra la que produjo esos teólogos, que a su vez produjeron el movimiento abolicionista. Claro que tenían razón en cuanto a la esclavitud, pero no creo que le fueran simpáticos a nadie.

—Eso les convierte en figuras interesantes. No menciona a Garrison, a Wendell Phillips, a Anna Dickinson, y sin embargo, conocieron a Lincoln, y al final afectaron a todo el país.

—Ellos establecieron el clima. He puesto a dos de ellos en los personajes de Chase y de Sumner para que nos transmitan el punto de vista abolicionista sobre las cosas. Chase no deja nunca de insistir en ese tema y siempre encuentra que Lincoln es débil al respecto. Sumner es igual. Con eso ya hay suficientes abolicionistas en el centro del drama. El propio Lincoln estaba contra los militares. Era moderado; estaba contra la extensión de la esclavitud a los territorios del Oeste, pero no creía que él o cualquier otro tuviera el derecho de eliminar la esclavitud en el Sur.

—Tiene usted razón al afirmar que las decisiones de Lincoln sobre la esclavitud estaban motivadas por necesidades militares. Pero la emancipación fue un acto de expropiación masivo. A diferencia de la emancipación británica, Lincoln no indemnizó a los propietarios de esclavos. Es como si alguien actualmente en los Estados Unidos abogara en favor de la expropiación de todas las propiedades que las sociedades americanas tienen en el extranjero.

—Sí, era quitarles su propiedad, pero Lincoln siempre quiso indemnizar a los propietarios de esclavos, y tenía mucho apoyo para ello.

—No por parte de los abolicionistas, a pesar de que algunos, como Chase, eran débiles. No le gusta a usted, ¿verdad?

—Es un gran personaje cómico; para mí es un auténtico hipócrita. Es bastante admirable; al final resulta un hombre más bien brillante y muy honesto. Chase es el responsable de los billetes de dorso

verde emitidos durante la Guerra, y de todo nuestro sistema económico, pero cuando llegó a ser Juez Supremo echó abajo prácticamente cada una de las medidas que había tomado como Secretario del Tesoro.

—Hace una muy buena descripción de cómo Lincoln hizo parecer que había sido la Confederación la que había provocado la guerra. ¿Podría haber ocurrido lo mismo con la esclavitud? ¿Podría haber hecho parecer que le estaban arrastrando contra su voluntad para hacer lo que realmente quería?

—La primera regla para ser un político consiste en poner a la gente en disposición de creer que cuando actúas estás expresando su voluntad. Fíjese en Franklin Roosevelt en la segunda guerra mundial. He aquí un país aislacionista al que tiene que llevar a la guerra, pero no puede decir simplemente: ahora tenemos que meternos y defender a Inglaterra. Tiene que seguir manobrando y esperando. La razón por la que Lincoln liberó a los esclavos era que Inglaterra y Francia estaban a punto de reconocer a la Confederación. Estaban deseando que los Estados Unidos se desmembraran. Si hubieran empezado a echar una mano por allí abajo nos lo habrían puesto muy difícil. Lincoln tenía el apoyo de los liberales y éstos estaban cada vez más enfadados por la forma en que Lincoln retrasaba la cuestión de la esclavitud. Todo el apoyo que teníamos se estaba mermando. Mientras tanto, los Lord John Russell y los Palmerston estaban deseando una oportunidad para ayudar al Sur.

—Seward y Chase abogaron en favor de la emancipación, y Lincoln lo sugirió de buenas a primeras en su propio gabinete. Más o menos vino a decirles que iba a hacerlo.

—Lincoln tenía dificultades con ese gobierno, y por eso lo sugirió de ese modo. Dijeron: «¿Por qué no libera a los esclavos de la Unión, cosa que puede hacer?» Es lo que habrían querido Chase y Seward, pero los Blair no. Si Lincoln hubiera liberado a los esclavos de los estados leales, habría sido fatal. Ahí va Kentucky, ahí va Tennessee, Maryland, Delaware, los estados fronterizos, y ahí va la Unión.

—Los verdaderos dirigentes abolicionistas, como Garrison y Frederick Douglas, estaban a favor de Lincoln, y comprendían su táctica de liberar a los esclavos por etapas. Comprendieron que si se liquidaba la esclavitud en la Confederación no duraría mucho tiempo en ningún otro sitio.

—De todas formas, la Confederación habría desaparecido pronto. Esta fue la postura a la que llegó Seward. Seward era abolicionista y no quería que la esclavitud se extendiera. Todo el mundo sabía que el futuro de los Estados Unidos estaba en el Oeste, y que la extensión de la esclavitud debía cortarse de raíz, y eso es lo que provocó la Guerra Civil. Seward quería ignorar al Sur, ya que de todas maneras iba a desintegrarse. Habría sido un país con dos cultivos, con muchos mosquitos y no demasiado bien organizado.

—Pero la renta per cápita de la población blanca era superior en el Sur que en el Nor-

te. Estaba experimentando una rápida prosperidad económica.

—Pero tenían sólo un cultivo, el algodón, y de forma secundaria el tabaco. No tenían nada comparable a la industria del Norte, por no mencionar las enormes reservas de mano de obra.

—La gente considera a Lincoln un gran hombre, padre de su país (para usted, tal vez, un padre sifilítico). Su reputación se basa en el hecho de que salvó la Unión. Pero, ¿qué pasa con la abolición de la esclavitud? ¿No se trata de un acto compensador por parte de un constructor de la nación insensible?

—Lo que, según usted, es una cuestión moral superior a la preservación de la Unión. Eso no es lo que Lincoln pensó.

—Ahí podría estar la ironía, que lo mejor que hizo no deseaba hacerlo. Gracias a eso salvar la Unión valió la pena. Si se hubiera salvado la Unión sin haber abolido la esclavitud habría sido todavía más monstruoso.

—Pero es extrapolar las cosas, es mirar retrospectivamente. Hay que enfrentarse a lo que él tuvo que enfrentarse. Así que, a lo mejor, ésta es una nueva visión de Lincoln.

—Independientemente de lo que se piense sobre lo que llegó a ser el Partido Republicano en la Redención y en los años 1870, por no hablar de las décadas posteriores, el republicanismo de antes de la guerra no estaba nada mal. Tenía un elemento popular que se recoge en la canción «John Brown's Body». John Brown era un hombre trastor-

nado pero también fue un revolucionario primitivo. Esta canción ha perdurado, todos los ingleses la conocen. En su libro sólo se menciona de pasada. La canción que presenta en el libro es «Hail to the Chief». Se refiere usted al Himno de Combate de la República, pero sin el elemento «John Brown» las tropas de la Unión no habrían tomado al asalto la cordillera fuera de Atlanta.

—Creo que está usted totalmente equivocado. Creo que está tomando como voluntad nacional la expresión de unos pocos teólogos de pensamientos nobles y gran elocuencia, en especial Wendell Philips, y usted cree que fue eso lo que motivó a la gente. El pueblo se agrupó en torno a los colores para preservar la Unión. En muchas partes de la Unión no se podía siquiera mencionar a los negros. El odio hacia los negros era todavía mayor en el Norte que en el Sur. En el Sur crecían con ellos; no había ningún sentimiento personal. Había inmigrantes, en especial los irlandeses, que eran fervientes antinegros. Tuvieron los motines de quinta en Nueva York, y se negaron a luchar en la guerra. Toda la cuestión negra era muy delicada. Nunca hubo más de una pequeña minoría militante que estuviera verdaderamente enrollada con la abolición. En cuanto a las canciones, el Presidente escucha «Hail to the Chief» más a menudo que «John Brown's Body», y prefiere la primera a la segunda.

—Todo ese sentimiento antinegro es una corrupción de nuestra cultura, y seguramente estaba presente de una forma virulenta en el Norte. Sin embargo, para ganar la guerra

y aplastar a los plantadores los Yankees tuvieron que modificar sus prejuicios y escuchar a los abolicionistas. La Unión podía haber sido una sociedad llena de racistas, pero le dio el voto a los negros y los armó. Se les permitió elegir a sus iguales como senadores. No era amor por los negros, sino odio hacia los plantadores sudistas.

—En esas repúblicas siempre votas *contra*, nunca votas *por* nadie; no hay nadie por quien votar, pero hay un mogollón que no te gustan y puedes votar contra ellos. Odiaban a los Sudistas y querían castigarlos, y qué mejor cosa que mandarles aventureros políticos, negros o blancos, que les dominasen despóticamente. Era una motivación muy sucia y corrompió la Reconstrucción.

—Pero sin duda alguna hubo aspectos muy positivos en la Reconstrucción. Había un elemento de corrupción, pero eso lo ha habido en todos los gobiernos americanos. Introdujeron la educación pública.

—El impacto sobre la generalidad de los blancos fue mucho más duradero. La Reconstrucción llevó al Ku Klux Klan y a un racismo fanático en el Sur que no existía antes. Antes había algo de tolerancia, pero después vinieron los aventureros políticos a echarse sobre ellos, como un acto de venganza y humillación. Me temo que eso acabó con las buenas intenciones de los abolicionistas y nos legó una herencia envenenada de racismo y arrogancia.

—Pero había blancos pobres que apoyaron a esos gobiernos de Reconstrucción. Los votos lo demuestran; sólo

con los votos de los negros no se habrían elegido esos gobiernos.

—Las guarniciones de la Unión deben haber ayudado. Pero si sabe de algo que confirme lo que está diciendo sobre los gobiernos de Reconstrucción mándemelo. Me interesaría verlo. Creo que el único partido de izquierda en el Sur que haya llegado nunca al poder fue el partido del que salió mi abuelo, el Partido Populista, y era antinegro.

—¿Va usted a proseguir después de Lincoln para completar este ciclo de novelas sobre la historia americana y ponerlo al día?

—Estoy trabajando en un libro que vendrá entre 1876 y Washington D.C. Creo que lo titularé *Manifest Destiny*. Tratada sobre el período 1898-1919, con la guerra entre España y América, que nos trae el Imperio del Pacífico, y después la primera guerra mundial que nos convierte en una potencia mundial. En 1914 dejamos finalmente de ser una nación deudora, y ése fue el primer signo de que éramos un imperio mundial. Este año, por primera vez desde 1914, nos hemos convertido de nuevo en una nación deudora. Ahora está teniendo lugar otro cambio en el mundo. Haré un volumen final desde el punto de vista del presente, en el que me introduciré yo mismo y empezaré a atar cabos.

—Alrededor de 1898 es difícil desenmarañar el idealismo y el imperialismo. Al adquirir el Imperio, de hecho liberaron a Cuba.

—Se portaron muy bien con eso. McKinley era un personaje bastante noble, si se

me permite decirlo, ya que era hermano de mi tatarabuelo. Claro que era un hombre muy limitado, sólo podía hablar sobre aranceles. Ese era su gran tema.

—*Los cubanos jugaron muy bien sus cartas. Gastaron más dinero en Washington que los Demócratas. Tenían dinero, y lo utilizaron para conseguir la enmienda sobre la independencia de Cuba.*

—Uno de sus publicistas más importantes fue el propio Henry Adams. Escribió documentos para el senador Came-

ron de Pennsylvania, que fue uno de los principales promotores de esto. Todos los intelectuales de primera línea en los Estados Unidos estaban en el movimiento Cuba Libre, y todo gracias a una muy buena operación de presión.

—*¿Qué novelistas le gusta a usted leer?*

—No muchos. Siempre leo a Calvino. Me alegró mucho que le gustara *Duluth*. Escribió un artículo maravilloso sobre éste en *Repubblica*. Siempre leo a Burgess, a veces es bueno, y a veces no, pero es muy vivo.

—*¿Márquez?*

—No soporto a Márquez. Cuando la gente se mete en frases muy largas con metáforas recargadas me empiezo a poner un poco nervioso, y Myra empieza a retumbar en mi oído. «Corta esa mierda», me grita. Me gusta Saúl Bellow. Es un viejo puritano conservador de derechas, mientras que yo soy un puritano conservador de izquierdas.

© *New Left Review*.

Traducción: Paloma Valenciano

Por una cultura

viva y plural

Los Cuadernos del Norte

Literatura · Arte · Cine · Poesía
Pensamiento

Diálogo · Asturias · Inéditos · Música
Teatro · Actualidad...

Director: Juan Cueto Alas

Revista Cultural de la Caja de Ahorros de Asturias



Redacción, Suscripciones y Administración:
Plaza de La Escandalaria, 2 · Oviedo-3 · España
Apartado, 54 · Teléfono 985/22 14 94.